



LA VIDA DEL CRISTIANO SEGÚN EL ESPÍRITU DE FILIACIÓN DIVINA

JOHANNES STÖHR

En el plano científico-teorético la noción de *filiación divina* es importante tanto para la Teología Bíblica como para la Dogmática de *Gratia*, y se relaciona estrechamente con la doctrina trinitaria sobre las misiones y la inhabitación de Dios, lo que le concede un lugar central en todos los manuales clásicos de Ascética y Mística. Pero, además, en el plano de la vida espiritual dice referencia al centro mismo del ser cristiano¹.

Si se medita y se vive adecuadamente, la filiación divina constituye como el eje y fundamento de la existencia cristiana. Su proclamación ante los hombres, como parte del mensaje del Evangelio —viejo y nuevo al mismo tiempo, sencillo y rebosante de plenitud—, puede y debe desempeñar siempre una renovada acción transformadora.

Las páginas que siguen quieren ser más una meditación teológica que una reflexión científica. El autor debe agradecer al fundador del Opus Dei, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, beatificado el pasado 17 de Mayo de 1992, buena parte del impulso espiritual para desarrollar este tema².

1. J. BELLAMY, *Adoption surnaturel*, Dict. Theol Cath 1, 425-437; F. M. Cathérinet, *La S. Trinité et notre filiation adoptive*, La Vie Spirituelle 176 (10.6.1934) 112-128; J. Auer, *Der Hl. Geist, der Geist der Gotteskindschaft*, Geist und Leben 21 (1948) 277-294; E. Dockx, *Fils de Dieu per grâce*, Paris 1948; F. ULRICH, Internationales katholische Zeitschrift Communio, bibliografía sobre el tema «filiación divina» (1975) 147-152; F. OCARIZ BRAÑA, *Hijos de Dios en Cristo*, Pamplona 1972; ID., *Filiación divina*, Gran Enciclopedia Rialp, vol. 10, pp. 116-118.

2. F. OCARIZ BRAÑA, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, Scripta Theologica 134 (1981) 513-552.

«Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre; que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos» (1 Jn 3, 1). Esta exhortación del Apóstol está siempre llena de actualidad. El fundamento para esa nueva dimensión de nuestras vidas es la Encarnación del mismo Hijo de Dios: «A cuantos le recibieron les dio poder para ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (Jn 1, 12)³. «Vosotros habéis recibido el espíritu de adopción, en el que clamamos: ¡Abba, Padre!» (cf Rom 1, 5; 8, 23; Gal 4, 5; Ef 1, 5). «Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando (...). Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los Cielos»⁴.

Filiación divina no es una expresión meramente metafórica o poético-retórica, y mucho menos se reduce a ser una pura ficción pedagógicamente útil, «como si» Dios nos tratase como un padre y quisiera que le recibiésemos como hijos. Significa que el cristiano es realmente en su ser, por la fuerza salvífica divina, hijo de Dios. Y es en este sentido en el que toda la Tradición de la Iglesia enseña que la gracia hace participar realmente un nuevo ser, que significa un renacer para la vida sobrenatural.

1. Algunos testimonios de la tradición cristiana

Ya los Padres de la Iglesia llamaron repetidamente la atención sobre la especial *dignidad* de la filiación divina. Según *S. Ireneo*, constituye el fin de la Encarnación⁵: «para esto el Verbo se hizo carne y el Hijo de Dios se hizo hombre, para que el hombre accediese a la comunidad con el Verbo de Dios, recibiera el privilegio de la adopción y llegara a ser hijo de Dios». *S. Atanasio* deja clara su relación con la totalidad de la obra salvadora de Cristo, también con sus sufrimientos⁶. *Clemente de Alejandría*

3. «Unicus enim natura Dei filius propter nos misericordia factus est hominis filius, ut nos, natura filii hominis, filii Dei per illum gratia feremus» (SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* 21, 15; PL 41; CorpChr 48, 781).

4. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, Madrid 44 1986, n. 267.

5. S. IRENEO, *Adv. haer.*, 3 c. 19; PG 7, 939.

6. S. ATANASIO: «Quocirca filium hominis se ipsum appellat, ut homines Deum vocarent Patrem in caelis: *Pater noster*, inquit, *qui es in caelis*. Quemadmo-



muestra su conexión con la vocación a través del bautismo⁷. S. Juan Crisóstomo, partiendo del misterio de la Encarnación, argumenta detalladamente que el creyente no debe tener ninguna clase de dudas sobre el ensalzamiento a una dignidad tan grande⁸. S. Agustín dice⁹: «Por Aquél que se hizo hombre por ti, estás tú llamado a no permanecer sólo como hombre, (...) sino a pertenecer a aquéllos a los que dio poder para llegar a ser hijos de Dios (Jn 1, 12). Pues Dios quiere hacerte Dios a ti, no según su naturaleza como a su Hijo unigénito, sino como un regalo, por adopción». Y S. Gregorio Magno explica¹⁰ que «mostramos la nobleza de nuestra regeneración precisamente cuando amamos al Señor como a nuestro Padre».

Por eso se refiere ya S. Cipriano a las consecuencias de esta verdad¹¹: «si llamamos Padre a Dios, entonces tenemos que comportarnos

dum igitur nos servi Dei filii Dei facti sumus, sic Dominus servorum proprii servi, id est Adami, filius mortalis factus est, ut filii Adami qui mortales erant filii Dei fierent, iuxta illud *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*. Unde mortem gustat Filius Dei, propter carnalem patrem suum, ut filii hominis vitae Dei participes efficerentur, propter Deum, Patrem suum secundum Spiritum. Ipse igitur secundum naturam Filii est Dei, nos autem per gratiam». (*De incarn. Dei Verbi et contra Arianos*, 8; PG 26, 996).

7. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA: «Hoc ipsum nobis quoque evenit, quorum fuit exemplar Dominus. Baptizati illuminamur; illuminati in filios adoptamur; adoptati perficimur; perfecti immortales reddimur: *Ego, inquit, dixi, dii estis et filii Excelsi omnes*». (*Paedag.* 1, 6, 26, 1; PG 8, 280).

8. S. JUAN CRISOSTOMO: «Filius, et genuinus filius, Dei sine principio existentis se filium Davidis audire passus est, ut te faceret Dei filium; passus est se patrem habere servum, ut tibi servo patrem faceret Dominum. Videm statim a principio quoniam sint evangelia? Quodsi de tuis dubitas, ab iis, quae ad ipsum spectant, haec tu credas inducaris. Longe enim difficilius est, quantum ad humanum intellectum pertinet, Des-a3-um hominem fieri, quam hominem Dei filium esse. Cum igitur audis Filium Dei filium esse Davidis et Abrahae, dubitare iam desine te, filium Adae, filium Dei futurum esse. Neque enim frustra et incassum se ipsum ita humiliasset, nisi nos exaltaturus esset. Natus est enim secundum carnem, ut tu naceris secundum spiritum; natus est ex muliere, ut tu desineres filius esse mulieris». (*In Matth. Hom.* 2, 2.; PG 57, 25).

9. SAN AGUSTÍN, *Sermo* 166; 4, 4. «Por medio de un milagroso abajamiento, el Hijo de Dios, su único Hijo según la naturaleza, se hizo Hijo del hombre, para que nosotros, que según la naturaleza somos hijos de hombre, por la gracia llegemos a ser hijos de Dios». (*De Civitate Dei*; PL 41, 729). «Substantia itaque nostra mutatur in melius, cum filii eius efficitur» (*De Trin.* 5 c. 16; PL 42, 923).

10. «Tunc enim nobilitatem nostrae regenerationis ostendimus, si eum ut patrem diligimus, quem nunc servili mente ut dominum formidamus». (S. GREGORIO, *Mor.*, lib. 7 c. 11 n. 13; PL: 75, 773).

11 «Quanta autem Domini indulgentiam, quanta circa nos dignationis eius et bonitatis ubertas, qui sic nos voluerit orationem celebrare in conspectu Dei, ut Deum Patrem vocemus, et, ut est Christus Dei Filius, sic et nos Dei filios nuncupemus (...) Meminisse itaque, fratres dilectissimi, et scire debemus quia, quando Patrem



como hijos de Dios»¹². Serán los Padres griegos, especialmente, quienes expliquen de qué manera el alma es transformada en imagen del Hijo de Dios; por ejemplo, *S. Cirilo de Alejandría*: «Cristo es formado verdaderamente en nosotros, cuando el Espíritu Santo, por medio de la santidad y la justicia, imprime en nosotros una cierta semejanza con Dios (...) y cuando uno es formado en Cristo, entonces uno es hecho hijo de Dios»¹³.

En un primer sentido general somos, por creación, imagen de Dios, dotados de elevados derechos como personas, y de una dignidad que ni siquiera el pecado puede borrar. De manera más alta, a través de la gracia, se realiza algo análogo en una dimensión nueva¹⁴. Según la doctrina de *Sto. Tomás*, el bien sobrenatural de un solo hombre es superior en valor y significado al bien natural de todo el universo¹⁵. La realidad sobrenatural de la gracia funda una semejanza con Dios, que es esencialmente mayor a la que el alma ha recibido por naturaleza.

Es evidente que, por razón de la filiación divina, bien entendida, la conciencia cristiana está muy lejos de la arrogancia de quien sólo confía en sí mismo. «La conciencia de la magnitud de la dignidad humana —de modo eminente, inefable, al ser constituidos por la gracia en hijos de Dios— junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida, sino el favor divino. Es ésta una verdad que no puede olvidarse nunca, porque entonces el *endiosamiento* se pervertiría y se convertiría en presunción, en soberbia

Deum dicimus, quasi filii Dei agere debemus, ut, quomodo nos nobis placemus de Deo Patre, sic sibi placeat et ille de nobis. Conversemur quasi Dei templa, ut Deum in nobis constet habitare». (S. CIPRIANO, *De orat. dominica*, c. 11; PL 4, 543).

12. «Quotquot enim Spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt (Rom 8, 14). Si filii Dei sumus, si templa eius esse iam coepimus, si, accepto Spiritu sancto, sancte et spiritaliter vivimus, si de terris oculos ad coelum sustulimus, si ad superna et divina plenum Deo et Christo pectus ereximus, nonnisi quae sunt Deo et Christo digna faciamus (...)» (S. CIPRIANO, *De zelo et livore*, c. 14; PL 4, 673).

13. S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *In Is. 4 or. 2*; PG 70, 936.

14. «Homini autem supra animae naturam additur perfectio gratiae, per quam efficitur divinae consors naturae, ut dicitur 2 Petr 1, 4: unde et secundum hoc dicimur regenerari in filios Dei, secundum Joan. 1, 12: Dedit ei potestatem filios Dei fieri. Filii autem effecti convenienter possunt hereditatem sperare, secundum illud Rom 8, 17: Si filii et heredes». (Sto. TOMAS DE AQUINO, *Comp. theol.*, II c. 4.) Cfr. *S. th.* I-II, q 110, a 3 c; III, q 23 a 4 ad 2; *In Ioann. Ev.*, c. I, lect 6).

15. *Id.*, *S. th.* I-II q 113, a 9 ad 2.

y, más pronto o más tarde, en derrumbamiento espiritual ante la experiencia de la propia flaqueza y miseria»¹⁶.

El Papa *S. León Magno* alude ya a esta conjunción de la filiación divina con la sencillez y la humildad¹⁷: «Cristo ama la infancia que el mismo asumió en alma y cuerpo; Cristo ama la infancia, maestra de humildad, medida de la inocencia, molde de la mansedumbre. El ama la infancia, según la cual El quiere ver modelado el comportamiento de los mayores, incluso los años de la senectud (...) pero debemos ser niños no 'en el uso de la razón, sino en la malicia' (cfr. 1 Cor 14, 20); no debemos volver a los infantilismos o la imperfección de la niñez, sino que debemos tomar aquellas características de los niños que son también de gran valor para los adultos: la inmediata atenuación de las irritaciones, la capacidad para perdonar con rapidez, el no guardar rencor por las ofensas, ni ambicionar rangos y dignidades, el gusto por la convivencia amistosa, el sentido de la igualdad mutua». *S. Hilario*¹⁸ exhorta a «volver a la sencillez de los niños, para conseguir reproducir en nosotros la humildad del Señor»: «los niños obedecen al padre, aman a la madre, no quieren mal al prójimo, no se preocupan de atesorar cosas de valor material, no son presuntuosos, no conocen ni el odio ni la mentira: creen lo que se les dice, y tiene por verdadero lo que oyen». San Agustín, a su vez, comenta: «Este camino de la infancia es tan grande, que sólo Cristo podía señalárnoslo: es tan grande que sin Ti, el eternamente grande, jamás hubiéramos podido aprenderlo»¹⁹.

16. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa.*, n. 133, Madrid 231986, p. 282.

17. «Amat Christus infantiam quam primum et animo suscepit et corpore. Amat Christus infantiam, humilitatis magistratam, innocentiae regulam, mansuetudinis formam. Amat Christus infantiam, ad quam maiorum dirigit mores, ad quam senum reducit aetates; et eos ad suum inclinatum exemplum, quos ad regnum sublimat aeternum. Ut autem plene valeamus agnoscere quomodo apprehendi possit tam mira conversio, et in puerilem gradum qua nobis mutatione redeundum sit, doceat nos beatus Paulus, et dicat: «Nolite pueri effici sensibus, sed malitia parvuli estote» (1 Cor 14, 20). Non ergo ad ludiora infantiliae et imperfecta nobis primordia revertendum est, sed aliquid quod etiam graves annos deceat, inde sumendum, ut velox sit commotionum transitus, citus ad pacem recursus: nulla sit memoria offensionis, nulla cupiditas dignitatis; amor sociae communionis, aequalitas naturalis». (S. LEON MAGNO, *Sermo* 37, c. 3-4; PL 54, 258-259).

18. «Hi (pueri) enim patrem sequuntur, matrem amant, proximo velle malum nesciunt, curam opum negligunt; non insolescunt, non oderunt, non mentiuntur, dictis credunt, et quod audiunt verum habent (...) Revertendum igitur est ad simplicitatem infantium: quia in ea collocati, speciem humilitatis dominicae circumferemus». (S. HILARIO, *In Matth.* 18, 1; PL 9, 1018).

19. «Itane magnum est esse parvum, ut nisi a te qui tam magnus es fieret, disci omnino non posset» (S. AGUSTÍN, *De s. virginitate*, c.35; PL 40, 416).

Así pues, la teología de la filiación divina no consiste en ningún caso en promover una postura poco realista de euforia romántica o de ilusorio utopismo. Malentendidos de ese tipo contradirían directamente su esencia. La conciencia de la filiación divina está estrechamente unida al conocimiento de nuestras debilidades y caídas, y al de sus correspondientes remedios; de modo que, por así decirlo, este nítido y sensato saber de los propios límites no necesita ser «liberado» por otros saberes teológicos.

«La infancia espiritual no es memez espiritual, ni «blandenguería»: es camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios»²⁰. Y es que justamente lo más fácil puede llegar a resultar difícil: lo conocido desde antiguo es precisamente lo que tiene que ser revitalizado una y otra vez, de manera concreta y clara, para que pueda ser también vivido bajo las condiciones de la existencia cotidiana.

2. *Comunión personal con Dios*

Por el bautismo²¹ el cristiano se hace «familiar de Dios» (Ef 2, 19), «partícipe de la naturaleza divina» (2 Pet 1, 4); el cristiano es ya, en cierta manera, acogido en la comunidad familiar de Dios, en el misterio de la vida trinitaria. A través del Espíritu Santo, el cristiano alcanza en Cristo una íntima relación personal con el Padre, y se le entrega algo más que meros conocimientos teóricos y abstractos, algo mayor que cualquiera de los bienes conocidos en la tierra. Adquiere una relación personal con cada una de las tres Personas divinas, de tal manera que, para corresponder a la nueva realidad sobrenatural que hay en su alma, el trato personal con Dios se hace tan necesario como el respirar²².

El encuentro amistoso con una persona a la que queremos puede proporcionarnos descanso, distensión y fortalecimiento. ¡Cuanto más obtendremos de la íntima y sobrenatural relación con el Dios Uno y Trino! La nueva relación personal con El trae paz al alma, sin que por ello desa-

20. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 855.

21. Cfr. CONC. VATICANO II, *Lumen gentium*, 40; cf. Conc. de Trentó, Denz-Schönm. 1515, 1522, 1524.

22. «La oración se hace continua, como el latir del corazón, como el pulso. Sin esa presencia de Dios no hay vida contemplativa; y sin vida contemplativa de poco vale trabajar por Cristo, porque en vano se esfuerzan los que construyen, si Dios no sostiene la casa» (JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa..*, o.c., n. 8, p. 37).

parezca la conciencia de la propia miseria e insuficiencia. Pero la soberbia, la fatuidad y los extravíos pueden ser combatidos²³.

La esencia divina es Amor. Dios nos lo muestra en ese hacernos el Padre hermanos de su Hijo consustancial. Esta realidad pertenece al núcleo de la revelación cristiana. Sólo en los cuatro Evangelios, las concordancias ofrecen 133 textos que presentan la paternidad de Dios y, con ella, la filiación divina, como centro de la vida del cristiano. El conocido historiador alemán Peter Berglar, recientemente fallecido, ha escrito que el texto de Jn 14, 5-11 (la conversación de Jesús con Tomás y Felipe en la víspera de la Pasión) le hizo pasar, instantáneamente, «desde la fría indiferencia de una religiosidad humanista y liberal al calor de la fe» en Cristo como Dios y como Hombre²⁴. En ese pasaje, Tomás dice al Señor: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?» El Señor le contesta: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora le conocéis y le habéis visto.» Entonces le dice Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta». Y Jesús le responde: «Felipe, ¿tanto tiempo como llevo con vosotros y no me has conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? las palabras que yo digo, no las hablo por mí mismo. El Padre, que está en mí, realiza sus obras. Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí».

Una existencia conforme al espíritu de filiación divina no puede reducirse a un puro vivir junto a Cristo, o con Cristo; no puede quedarse en una simple imitación externa de su ejemplo, sino que debe consistir nada menos que en identificarse plenamente con el propio «ser en Cristo»: «La vida de Cristo es vida nuestra, según lo que prometiera a sus Apóstoles el día de la Última Cena: 'Cualquiera que me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él' (Ioh 14, 23). El cristiano debe —por tanto— vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda

23. «Y con una *pesadilla* de grandezas en el alma, echamos en olvido la realidad más cierta, el camino que sin duda nos conduce derechos hacia la santidad: clara señal de que hemos perdido el punto de mira sobrenatural; el convencimiento de que somos niños pequeños; la persuasión de que nuestro Padre obrará en nosotros maravillas, si recomenzamos con humildad.» (JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, n. 150, Madrid 21977, p. 225.

24. Cfr. P. BERGLAR, *Opus Dei. Leben und Werk des Gründers Josemaría Escrivá de Balaguer*, Salzburg 1983, 364 págs (hay trad. castellana, Madrid 1987).



exclamar con San Pablo, 'non vivo ego, vivit vero in me Christus' (Gal 2, 20), no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí»²⁵. La fórmula «en Cristo Jesús», tan frecuente en San Pablo, difícilmente podría aludir explícitamente al «Christus totus», esto es, a la Iglesia, si en primer lugar no significase esta unidad personal e íntima con Dios. Somos hijos de Dios según la medida de nuestra identificación con Cristo.

Este «ser» es una participación del Ser del Dios Trino. Y es mediante la Encarnación de Cristo como conocemos la plenitud del amor del Padre: podemos rezar, hablar con Dios y amar a Dios porque Cristo nos lo ha mostrado.

3. *El camino y las consecuencias de la filiación divina*

La conciencia de la filiación divina caracteriza la existencia cristiana en todos sus aspectos. También la vida ordinaria de cada cristiano brinda, independientemente de su estado y profesión, la oportunidad de una entrega al amor de Dios, que no conoce límites. Por esa razón, como ha destacado el último Concilio, la santidad es algo realmente alcanzable por cualquier cristiano y no sólo por una élite. De ahí se sigue también que el testimonio cristiano y el apostolado activo pueden ser ejercidos por cada uno en las más variadas circunstancias.

Corresponde a la naturaleza humana que los hijos se hagan de alguna manera cada vez más independientes de sus padres, que se separen de ellos para formar su propio ámbito. En la vida sobrenatural las cosas suceden de modo absolutamente distinto; más aún, suceden exactamente al revés: un crecimiento espiritual más intenso significa que uno se pone más todavía, totalmente, en las manos de nuestro Padre Dios. Y así resulta siempre superada la inclinación al aislamiento orgulloso, a la autonomía y autodeterminación de la voluntad sobre lo bueno y lo malo, «como Dios». La voluntad de independencia frente a la autoridad humana puede ser justa; pero frente a la infinita perfección del Padre celestial vige que, cuantos más progresos hagamos, más tenemos que confiarnos a El como niños. Creación, conservación, providencia y vocación están en sus manos. Si queremos encontrar realmente el sentido de nuestra vida, debemos sustituir el autodomínio arrogante, el orgullo pelagiano por los méritos propios y la

25. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, o.c., n 103, pp. 223-224.



moderna ideología del poder por un confiado sí a su Verdad, a su Palabra y a su Voluntad.

De esa actitud procede el verse finalmente libres de ese *temor* ante la obligación de hacer todo por nosotros mismos a base, por ejemplo, de puro perfeccionismo organizativo, de planificación psicológica o de una más alta preparación científica. Otra consecuencia es que, además, podemos permanecer serenos y llenos de paz interior ante las mayores dificultades: «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom 8, 31).

Muchos se sienten oprimidos por todas las angustias vitales posibles, por continuas preocupaciones y por «miedos paganos». Los remedios y las manipulaciones de la superstición cuestan no poco dinero (en Italia alrededor de 200 millones de marcos alemanes anuales; cerca de 80.000 «profesionales» viven de la superstición). Pero para el cristiano sigue vigente que «un hijo de Dios no tiene miedo a nada y a nadie»²⁶, «ni miedo a la vida ni miedo a la muerte»²⁷. «Siendo niños no tendréis penas: los niños olvidan enseguida los disgustos para volver a sus juegos ordinarios. —Por eso, con el abandono, no habréis de preocuparos, ya que descansaréis en el Padre»²⁸. Por supuesto que, junto a eso, también hemos de estar dispuestos a abandonar el sueño de la pereza y la comodidad conformista.

La conciencia de la filiación divina hace también que nuestra vida no esté constituida por compartimentos estancos, aislados unos de otros (el tiempo libre, el trabajo diario, la vida familiar, las obligaciones religiosas), sino que, al contrario, alcance una gran sencillez y abandono²⁹. Este principio configurador sobrenatural permite asimilar y conjuntar en auténtica unidad las más diversas y variadas actividades.

Está claro que empeñarse en mantener viva la conciencia de esta realidad de nuestra vida en gracia, conlleva también nadar contra la corriente de muchas tendencias de la sociedad actual. Hoy en día no sólo está muy extendida la fascinación por determinados clichés como «autorrealización», «mayoría de edad», «autonomía»..., sino que también existe una vasta mentalidad de autorredención a través de medios intramundanos (pedagógicos, psicológicos y políticos), o mediante utopismos de tipo gnóstico, de manera que se piensa que el progreso y el crecimiento de los conocimientos

26. ID., *Forja*, n 242.

27. *Ibid.*, n 987.

28. ID., *Camino*, n. 864.

29. Cfr. I. DE CELAYA, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, en *Scripta Theologica* 13 (1981) 655-674.



constituyen ya de por sí un camino para superar la fundamental dualidad de este mundo.

Estrechamente unido a ello están el naturalismo y un más o menos latente pelagianismo, que achata el mensaje cristiano y lo convierte en una tarea puramente sociológica de *management*, o los intentos del esoterismo por reducir lo sobrenatural a lo puramente suprasensible (para convertirlo así en una parte más de nuestro mundo). No sólo han sido los seguidores de Marx —para quienes «la autoconciencia humana es la divinidad superior»— los que han intentado la entronización del hombre como ser superior. Si la fe se entiende únicamente como un movilizarse para conseguir un mundo más humano, y se cuestionan el carácter sobrenatural y la trascendencia del fin último, no puede evitarse que se pierda toda noción de lo que Dios tiene preparado para los que le aman.

En cambio, cuando nos conocemos y nos hacemos dependientes en todo de Dios, mediante la amorosa devoción de la filiación divina, desaparecen las falsas dependencias y las angustias, el miedo ante pequeñas desventajas terrenas, el afán de estar seguro y asegurado desde todos los puntos de vista, con agresividad o con medidas protectoras. Es conocido que las angustias paganas pueden fácilmente derivar hacia relevante formas de psicosis política y sociológica de masas. ¡A qué absurdos conduce el intento de conseguir estima y valoración ante los ojos de determinadas personas, o los intentos grotescos de la superstición por querer tener en un puño, a base de infantiles manipulaciones, los misterios del pasado y el futuro!

Se trata nada menos que de lo único necesario, esto es, de nuestra vocación y destino a participar de la Vida de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, una Vida infinitamente sublime y bienaventurada. Su voluntad es que «escapemos de la corrupción que reina en el mundo y lleguemos a ser partícipes de la naturaleza divina» (2 Pet 1, 3-4). Una participación en la Vida divina que, de manera misteriosa, ya aquí en la tierra, debemos llevar realmente con nosotros. El Salvador hecho hombre ha asegurado: «Yo he venido para que tengan Vida, y la tengan en abundancia» (Jn 1, 14). A través de la gracia santificante el alma es transformada en imagen de Dios y capacitada para compartir, como una criatura, la Vida divina. En la Patrística es recurrente, en este sentido, la comparación del alma con el hierro templado en el fuego: el hierro sigue siendo hierro, pero pierde su natural color y dureza y gana, a cambio, el esplendor, la incandescencia y la fuerza del fuego, es decir, propiedades que no tiene el hierro como tal, sino el fuego. Ese es nuestro destino: «que lleguen a ser conformes a la imagen de su Hijo» (Rom 8, 29), revestirnos del Señor Jesucristo (Rom 13, 14),

por Quien los que llevamos las vestiduras del Adán terreno, llevamos también ahora la imagen del Adán celestial (Cristo) (1 Cor 15, 49). «Filiación divina» significa destino común con Cristo, esto es, fortaleza en el dolor y segura esperanza en que alcanzaremos la perfección con El.

En cuanto hijos, somos también *herederos* (Rom 8, 17). Es verdad que en nuestro paso por la tierra podemos usar de la herencia como un hijo pródigo: «muchos hombres a lo largo de los siglos y en nuestros tiempo pueden encontrar de nuevo en la parábola del hijo pródigo las profundas huellas de su propia historia personal»³⁰. Es posible alejarse de la casa paterna y derrochar de una manera indigna de un hijo de Dios los bienes heredados. Pero el pecado no trae ninguna felicidad verdadera, sino que tiene como consecuencia la soledad y «el drama de la dignidad perdida, de la pérdida de la conciencia de la filiación divina»³¹. El hijo pródigo reflexionó y examinó su conciencia. «Los análisis sociológicos no bastan para conseguir la justicia y la paz. Las raíces del mal están en el interior del hombre. Por eso, también los remedios vienen del interior del corazón»³². Y, de este modo, se llega a la conversión —*Padre, he pecado contra el cielo y contra Tí*—, y la vida humana consiste, de alguna manera, en un constante retorno a la casa de nuestro Padre³³. Cuando el que por desgracia ha ultrajado la infinita bondad de Dios vuelve contrito a los brazos del Padre, el Sacramento de la Penitencia le devuelve la alegría y el perdón de Dios³⁴.

De la conciencia de la filiación divina se sigue también la recta comprensión de una *fraternidad* cristiana libre de toscas «familiaridades»³⁵ y que se caracteriza porque no excluye a nadie: «los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. En efecto, no recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis un espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abbá, Padre! Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser con él tam-

30. JUAN PABLO II, *Homilía*, 16.3.1980 (Insegnamenti III, 1 (1980) 571).

31. ID., *Dives in misericordia*, 5.

32. ID., *Discurso* ante 6.000 universitarios, 11.4.1979 (Insegnamenti, II (1979) 883).

33. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, o.c., n. 64, p. 143.

34. Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso* a peregrinos de Nápoles, Roma, 24.3.1979 (Insegnamenti, II (1979) 703-704).

35. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 948.

bién glorificados.» (Rom 8, 14-17). El espíritu de filiación divina no permite ninguna limitación individualista; todos aquellos que Cristo ha redimido son entre sí hijos del Padre celestial y hermanos de Cristo.

El fortalecimiento de esta conciencia tiene una extraordinaria fuerza unificadora y aglutinante, frente a las numerosas tendencias centrífugas que quieren destruir la fraternidad. «La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y *consummasti in unum* (Ioh 17, 23), hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: signo de unidad, vínculo del Amor»³⁶. Por eso, la unidad fraterna no es en ningún caso uniformidad, sino convergencia con Cristo, por medio de quien podemos ser hijos del mismo Padre.

Cuando este espíritu se vive con rectitud se sigue de ello que la *persona* como tal —y no la colectividad, la organización técnica o los fines ideológicos— ocupa la posición central. Se hace claro que lo importante es, sobre todo, la acción del Espíritu Santo en cada alma, el respeto por la dignidad y libertad personal³⁷, propias de cada hombre y ensalzadas en el cristiano junto con el don de la filiación divina. Hoy, cuando se advierte tanta huida en el anonimato, cuando se experimenta tanta frialdad de corazón, tanta crítica destructiva, tanta distancia cínica, tanto entenebrecimiento dialéctico de la verdad y tanta opresiva dependencia de fuerzas impersonales, es justamente esta postura la que puede fascinar a muchos, que anhelan el ejemplo de cristianos convincentes, «de una pieza». ¡Qué atractivo tiene que resultar esto para esos jóvenes que han reservado la fuerza de una entrega sin condiciones para lo «único necesario»!

La exhortación: *sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*, que especifica la gracia de la universal vocación a la santidad, es una regla básica de actuación cristiana. Hacer todo para la mayor gloria de Dios, santificar su nombre, no significa otra cosa que perseguir, consciente y libremente —como corresponde a la dignidad de la criatura racional— el fin al que está orientado todo el orden de la creación y la redención fundado por el Padre todopoderoso.

36. ID., *Es Cristo que pasa*, o. c., n. 87, p. 195.

37. Cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 71970) n. 22; cfr. C. FABRO, *El primado existencial de la libertad*, en *Scripta Theologica* 13 (1981) 675-689.



En la «lógica vital» de esta espiritualidad a la que venimos haciendo referencia, hay incluido algo más, que debe ser mencionado aunque sea brevemente.

Si la filiación divina es entendida como puro don sobrenatural, y como tal vivida, es una grandísima ayuda para santificarse en la normalidad del trabajo ordinario. Pues la alegría³⁸ que acompaña al que es consciente de poseer ese don, no es simplemente «la alegría del animal sano», sino la que va unida a la libertad de los hijos de Dios (Rom 8, 29), a la libertad para la que Cristo, por su Cruz, nos ha liberado (Gal 4, 31)³⁹. Esa alegría brota de la conciencia de haber sido elegido y amado por el Padre (Ef 1, 4), un Padre que muestra su misericordia incluso con el hijo pródigo. Surge, por tanto de la convicción de que Cristo nos espera⁴⁰, de manera que ya en la tierra podemos ser ciudadanos del Cielo (Fil 3, 20).

«La alegría es consecuencia necesaria de la filiación divina, de sabernos queridos con predilección por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda y nos perdona. Recuérdalo bien y siempre: aunque alguna vez parezca que todo se viene abajo, ¡no se viene abajo nada!, porque Dios no pierde batallas»⁴¹. «Un hijo de Dios trata al Señor como Padre. Su trato no es un obsequio servil, ni una reverencia formal, de mera cortesía, sino que está lleno de sinceridad y de confianza. Dios no se escandaliza de los hombres. Dios no se cansa de nuestras infidelidades. Nuestro Padre del Cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a El, cuando se arrepiente y pide perdón. Nuestro Señor es tan Padre, que previene nuestros deseos de ser perdonados, y se adelanta, abriéndonos los brazos con su gracia»⁴².

38. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 659.

39. «Es compatible con el cansancio físico, con el dolor —porque tenemos corazón—, con las dificultades en nuestra vida interior, en nuestra labor apostólica. Aunque alguna vez parezca que todo se viene abajo, no se viene abajo nada, porque Dios no pierde batallas. La alegría es consecuencia de la filiación divina, de sabernos queridos por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda y nos perdona siempre» (JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, citado por P. Berglar, o. c., p. 123).

40. «Ex hoc debetur vita aeterna hominis, in quantum efficitur filius Dei; et hoc fit per hoc quod fit similis Christo». (Sto. TOMAS DE AQUINO, *In symbolum apostolorum, scilicet, Credo in Deum» expositio*, a 8; *Opuscula theologica* 2, ed. Marietti 1954, n. 969 p. 211.)

41. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja*, n. 332.

42. ID., *Es Cristo que pasa*, o. c., n. 64, p. 142.

A esta actitud va asociada también una visión absolutamente positiva de la Iglesia⁴³, Cuerpo de Cristo, Esposa unida al Esposo con fidelidad indisoluble, postura totalmente alejada de una empobrecida «identificación parcial» —típica de los que creen constituir un «cristianismo de elegidos»— o de un arbitrario eclecticismo. Es una visión que se corresponde a las palabras de S. Cipriano⁴⁴ tan repetidamente citadas por la Tradición: «Nadie puede tener a Dios por padre si no tiene a la Iglesia por madre». Consiste, en definitiva, en un amor de corazón por la Iglesia y por el Papa, que excluye igualmente la postura del orgulloso «sabelotodo» y la del afán crítico posesivo. Ese amor a la Iglesia no se compadece con la actitud de hacerse interesante ante los demás a base de rechazar, como algo caduco, el pasado cristiano, o a base de fomentar resentimientos antirromanos. Por el comportamiento de los hijos es juzgado el padre. La disponibilidad de los hombres ante el mensaje cristiano depende decisivamente de que los cristianos vivamos y mostremos, en nuestra existencia cotidiana, este espíritu de filiación divina.

Con el aspecto eclesiológico está estrechamente relacionado otro aspecto de la filiación divina: el mariológico. La mediación y la intercesión de María —a la que Cristo nos dio como Madre desde la Cruz— no pueden separarse de la vida según la filiación divina, pues no tenemos otro Padre que Aquel que eligió a María como Madre Inmaculada de Cristo, su Hijo encarnado *propter nos homines*. Es precisamente la devoción a María la que despierta y fortalece en nosotros el deseo de comportarnos y de actuar como *domestici Dei*, como pertenecientes a la familia de Dios⁴⁵.

Vivir según el espíritu de filiación divina no es, pues, algo referido tan sólo a una particular especulación teológico-científica, con la que ampliar nuestro conocimiento. Tampoco consiste en un pragmático programa de estrategias para la «transformación de las conciencias». Ni es sólo un distintivo de la vida cotidiana de cristianos piadosos, pero poco instruidos. Representa mucho más: es un tesoro escondido en la doctrina revelada, del que cada cual, según corresponda a su vocación cristiana, puede sacar cosas nuevas y antiguas.

«Estando plenamente metido en su trabajo ordinario, entre los demás hombres, sus iguales, atareado, ocupado, en tensión, el cristiano ha de estar

43. Cfr. CORMAC BURKE, *Una dimensión de su vida: el amor a la Iglesia y al Papa*, en *Scripta Theologica* 13 (1981) 691-701.

44. S. CIPRIANO, *De Ecclesiae unitate*, 6; PL 4, 502.

45. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja*, n. 587.



al mismo tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios. La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra vida interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo»⁴⁶. «La mayor muestra de agradecimiento a Dios es amar apasionadamente nuestra condición de hijos suyos»⁴⁷.

Johannes Stöhr
Departamento de Dogmática
Facultad de Teología
BAMBERG (ALEMANIA)

46. ID., *Es Cristo que pasa*. n. 65, pp. 143-144.

47. ID., *Forja*, n. 333.

